

Enrique Bunster

Un velero sale del puerto

PERSONAJES:

El capitán,	El Joven Marinero,
El Piloto,	El Pescador Mayor,
Juan,	El Pescador Menor,
María,	El Propietario del Figón,
El Viejo Marinero,	El Guardián.

La escena representa un sórdido figón en un remoto puerto de pescadores. A la derecha está el bar, cubierto de polvo y telarañas, con el armario casi vacío. A la izquierda, en desorden, tres o cuatro mesas con manteles mugrientos y rotos y algún florero con flores muertas. En las paredes se ve una que otra oleografía arruinada por la acción de la humedad y las moscas. Al fondo, hacia la izquierda, gran ventana con postigo, que, en un momento determinado, permitirá la visión del caserío y del mar. (La descripción de esta perspectiva se da en la escena V, y después, con un importante cambio, en la IX). Hacia la derecha, casi frente al bar, hay una pizarra en cuya parte superior se lee en caracteres pintados: *Tripulaciones solicitadas*. Acceso: una puerta de tiras, de estilo japonés, practicada junto al armario, la que da a un supuesto pasillo que conduce a la calle. Luz

Drama en un acto, estrenado por la Compañía del «Teatro del Pueblo» de Buenos Aires, bajo la dirección de Leonidas Barletta, el 8 de Junio de 1938.

natural muy pobre, proveniente de una claraboya invisible, y que irá disminuyendo paulatinamente, hasta extinguirse por completo al final de la escena VIII. Es el atardecer de un día de invierno.

Al levantarse el telón, la escena aparece desierta. Afuera, el viento muge desatado. Al cabo de un lapso relativamente largo, entra *El Capitán*. Es alto, fuerte, extraordinariamente seguro y desenvuelto. Su uniforme es negro, imponente, casi siniestro. Negro es también su impermeable de cuello subido, negra su bufanda, negros sus guantes. Cuando hable, lo hará con una voz profunda y enigmática. Detiéndose en el centro de la sala y mira en derredor como sorprendido de no hallar a nadie. Luego se vuelve hacia la pared del fondo, y al hacerlo, su vista tropieza con la pizarra. Se acerca a observarla, y por unos momentos permanece en esta actitud, perfectamente inmóvil. De pronto coge tiza y escribe en grandes y claros caracteres:

«1 piloto
2 marineros
3 pescadores
1 pescadora».

Retrocede un paso para leer lo que ha escrito. En seguida deja la tiza y se sacude las manos. Y tras una nueva mirada circular, sale con la misma lentitud con que entró. Ahora el viento brama furiosamente. Se oye cómo arrastra los guijarros por las calles y cómo silba en los aleros de las casas. De vez en cuando, también, percíbese el rumor de la resaca en la playa cercana... Inopinadamente irrumpen *El Piloto*, *El Viejo Marinero* y *El Joven Marinero*. Los dos primeros traen impermeables; el último tiene la ropa hecha girones y ha perdido la gorra. Vienen cho-

rreando agua y tan rendidos que apenas si pueden tenerse en pie. El Piloto y el Viejo se sacuden las cotonas y échanse en las sillas como fardos. Castañetean los dientes. El Joven se dirige al bar, tambaleando.

El Piloto (con repentina impaciencia).—¡Por el amor de Dios, muchacho, dame luego ese ron!

El Viejo (restregándose las manos entumecidas).—No pierdas tiempo ahí. ¡Me estoy helando de frío!

El Joven (áspero).—No hay copas en esta ratonera, y apenas si hay botellas. (Encuentra una de ron, la destapa y se la lleva a sus compañeros, entre los cuales se sienta. El Piloto agarra la botella con sus manazas y bebe con verdadero furor. Satisfecho, reaccionando, se estremece y emite unos bufidos semi-bestiales. El Viejo hace lo propio, aunque más sobriamente, y pasa después la botella al Joven, quien exclama al acabar de beber). ¡Ah!... (Hay una larga pausa en que los tres hombres resuellan con ruido y se enjugan las caras mojadas de agua y sudor).

El Viejo.—Estoy calado hasta los huesos. (Vuelve a beber. El Piloto bebe a su vez, y se seca los labios con el dorso de la mano). Ni el fuego parece que me calentaría... Debe ser el terror, piloto. Dicen que el terror lo deja a uno así.

El Piloto (rudo).—Yo no sé qué es eso del terror. No lo he tenido... (Ligera pausa). Es otra cosa lo que tengo yo. (Entre dientes). ¡Rabia!

El Viejo.—Pues yo si estuve asustado. Nunca lo he estado tanto en mi vida. ¡Gran Dios! ¡Todavía me salta el corazón! (Larga pausa. Al Joven). Y tú, no alcanzaste ni a ponerte la cotona...

El Joven.—Y si me la puse, no me acuerdo. (Históricamente). ¡No me acuerdo de nada! ¡No sé cómo salí de ese batifondio!... (Y con la desesperación del que no quiere pensar, se toma la cabeza y pega la cara en la mesa. Ahora su cuerpo tiembla, como si sollozara).

El Viejo (lo mira con simpatía y le da en el hombro unas palmadas afectuosas).—No te aflijas, chico. Olvídate. Ya pasó todo. (Breve pausa).

El Piloto (da un puñetazo que hace bailar el florero y la botella).—¡Cumpliré mi juramento: no volveré a navegar! (Pausa).

El Viejo (resignado, fatalista).—¿No volverás a navegar?... Eso no, piloto.

El Piloto (sorprendido).—¿Cómo que no?

El Viejo.—Ni debieras decirlo.

El Piloto.—¿Por qué no? ¿Por qué no?

El Viejo.—Sabes que no has de cambiar tu suerte, como tampoco yo cambiaré la mía... Estamos metidos, metidos para siempre.

El Piloto (obstinado).—Te digo que no volveré a navegar.

El Viejo.—Tantas veces has dicho lo mismo... Es el antiguo estribillo...

El Piloto (con creciente cólera).—Oyeme bien: no volveré a navegar. No pisaré otra vez la cubierta de esas carracas malditas. Quiero que sepas que ahora va en serio. (Breve pausa). ¡Se acabó ya! ¡Murió el mar para mí, o yo morí para él!

El Viejo (escéptico).—El mar no muere, piloto. Y es tan grande y astuto, y tan potente, que...

El Piloto (lo interrumpe).—Potente. Sí. Ya lo hemos visto hace un rato. (Sarcástico). Cuando un barco como el nuestro es lanzado al aire lo mismo que una paja y va a hacerse astillas contra las rocas, entonces se ve que el mar es potente. Sí, sí. Sin duda es potente... Pero yo estoy harto de esta potencia. Tengo ya bastante... Se acabó para mí. Nunca más. (Pausa. Quedan cabizbajos, abatidos).

El Viejo (suspira).—Tienes tu parte de razón. Después de una escapada semejante... (Ligera pausa. Con emoción). Además, ahora..., aunque quisieras, aunque lo quisieras... (Se le quiebra la voz). Ya no tienes, ya no tenemos en qué navegar...

El Joven (levanta la cabeza y mira al Viejo con ojos desolados).—¿Cómo quedó?... (El Viejo hace un esfuerzo para responder, pero las palabras no le salen. Al Piloto, con ansiedad). ¿Cómo quedó... la goleta?...

El Piloto (dominándose).—Es mejor que no la hayas visto... Era un montón de escombros... Después las misma olas se la fueron llevando en pedazos. (Descarga un golpe. Fuerte). ¡No quedó nada! (El Joven se abate y llora, anonadado. El Viejo, en silencio, se enjuga los ojos con el pañuelo. Uros momentos permanecen inmóviles, contritos. En tal circunstancia llegan *María* y los dos *Hermanos Pescadores*. Son pobrísimos los tres, no disponen de ropa adecuada y están empapados y extenuados. *María* es una moza pequeña y frágil, de humilde belleza. Viste de verde y está descalza. Su cabellera deshecha y mojada le cae en desorden por el pecho y la espalda. Su rostro expresa una angustia y una ansiedad inmensas. No bien ha entrado, se desprende de los que la acompañan y dirígese anhelosamente a los del otro grupo).

María (en un tono de voz en que se advierte su miedo a cierta respuesta).—Por favor, ¿no han encontrado a Juan ustedes?... (El Piloto y el Viejo se ponen de pie con pesadez. El Joven sigue en su misma actitud. Poco a poco, se irá animando y mirará de vez en vez a *María*. Pausa).

El Viejo (gravemente).—¿A Juan?... No, *María*. No le hemos encontrado. (Pausa).

María (con infinita aflicción).—¿No saben nada de él?... (Pausa).

El Viejo.—Nada. No sabemos qué suerte habrá corrido. (Ligera pausa). Apenas si sabemos de nosotros mismos. (*María* rompe en un llanto silencioso, cubriéndose la cara con las manos. Nadie osa acercársele, y ahí queda sola, aparte, como la imagen misma de la desolación).

El Pescador Mayor (al Piloto).—Lo buscamos por la playa y

por el pueblo, sin hallar rastros. (Breve pausa). Nadie lo ha visto. Nadie sabe dar razón. (Pausa).

El Piloto.—¿Cuándo le han perdido de vista?... Entiendo que él iba en la flotilla.

El Pescador Menor.—Sí, señor. Iba en la flotilla... Todavía lo estábamos viendo cuando su bote se volcó... (Pequeña pausa). Iban juntos él y ella, y juntos cayeron al agua... Después una ola grande como una montaña los cubrió a los dos... y no se ha visto más a Juan... (Larga pausa. El llanto de María se hace desgarrador. El Viejo quiere ayudarla, pero no atina a nada, y deja caer los brazos).

El Pescador Mayor. (al Piloto).—Se habían... se habían casado ayer, señor. Ayer no más. (La emoción le apaga la voz. Hay una pausa patética. Todos están como aplastados).

El Piloto (con acento profundo).—Se habían casado ayer...

El Pescador Menor.—Sí, señor.

El Piloto (id.).—Estaban de luna de miel...

El Pescador Menor.—Sí, señor. (Pausa).

El Viejo (de pronto, con un dejo triste).—Luna de miel... Ayer se han casado, y hoy trabajaban ya, en alta mar, en plena tormenta, en su pequeña chalupa... (Vibrante). ¡Es la luna de miel de los pobres! (El llanto de María es ahora contenido, humilde, monótono. El Viejo la rodea, por fin, con sus brazos, como a una hija. Pausa).

El Piloto (que ha tomado de la mesa la botella de ron).—María, echa un trago. (Le presenta la botella). Es ron, sabes, para el frío.

María (rehaciéndose de súbito).—No. Me voy.

El Viejo.—Ofrécele agua, piloto. Está ardiendo de calor.

El Piloto.—Te doy agua, María...

María.—Me voy. No puedo demorarme.

El Viejo.—Quédate con nosotros. Esperemos aquí.

María (con inesperada energía).—Tengo que seguir buscándolo.

El Viejo.—Descansa un poco. Estás rendida, niña, sin fuerzas...

María (se desprende del Viejo).—¡Sí tengo fuerzas! ¡Tengo mucha fuerza todavía, para buscarlo a él!

El Pescador Menor.—Vamos contigo, si quieres.

María.—Voy sola. Quiero ser la primera en encontrarlo. (Fuerte). ¡Porque lo voy a encontrar! ¡Porque lo tengo que encontrar!... (Llorando). Y si él viene aquí, díganle que me busque. Pues yo también ando perdida. (Vase, dejando a todos desazonados. El Joven se para y vaga por la sala como un sonámbulo. Largo silencio).

El Piloto (al Viejo, pensativamente).—Lo tiene que encontrar, dice...

El Viejo (moviendo la cabeza).—Me temo mucho que vuelva sola. (Pausa).

El Pescador Mayor (de repente, con una mirada hacia la puerta).—Sí. Volverá sola. Porque Juan no aparecerá. (Sus palabras producen una desagradable impresión. Todos le miran con fijeza, casi con hostilidad).

El Joven (se le enfrenta dramáticamente).—¿No aparecerá?

El Pescador Mayor.—No.

El Joven (violento).—¿Qué sabes tú?

El Pescador Mayor.—Lo suficiente.

El Joven.—¡Habla!

El Pescador Mayor.—Hablo. (Todos lo rodean para oír sus noticias). La ola aquélla que cayó sobre Juan y María, los separó en forma que mutuamente se perdieron de vista... Pero yo veía a Juan todavía, porque estábamos a cien brazas uno de otro. Y así pude ver lo que pasó... (Se detiene).

El Viejo (en voz baja).—Sigue, muchacho. (Pausa).

El Piloto.—¿Qué fué lo que pasó? (Pausa).

El Pescador Mayor (con dificultad).—Pasó... que el bote de Juan..., después de volcarse..., no se separaba de él. Iban de un lado para otro, dando tumbos, elevándose y sumergiéndose

juntos... Juan manoteaba, y gritaba, y hacía señas... Entonces me di cuenta: Juan estaba enredado en los cordeles del bote, y no podía zafarse... Me lancé al agua y me fuí nadando como un demonio para auxiliarlo, porque me parecía que entre los dos podríamos cortar la amarra o volver la barca a su posición marinera... Pero no alcancé a llegar... Otra ola levantó el bote en el aire y lo tiró contra Juan. El filo de la quilla le asestó en la frente... Fué un golpe terrible, porque con todo el fragor del agua y del viento, sentí su ruido desde lejos. (Con gran dificultad). Entonces se soltó o se cortó el cordel... y Juan se fué... se hundió... (Largo silencio. Lentamente el corro de oyentes se desintegra, y cada cual va por su lado mirando al suelo. El Joven y el Pescador Menor se sientan ante diferentes mesas, en abatida actitud).

El Viejo.—Y eso, claro está, no podías tú decírselo a ella...

El Pescador Mayor (mueve la cabeza).—No me atreví... Ni me atrevería... Si hasta fuí después con ella misma a recorrer la playa, llamando a Juan como si tuviera esperanza de hallarlo vivo... ¡cómo si no lo hubiera visto morir! (Se sienta y hunde la cabeza en el pecho. Larga pausa).

El Viejo.—Sí. Nadie hubiera tenido el valor de decírselo. (Larga pausa).

El Piloto.—Con todo..., yo espero todavía. No sé por qué.

El Viejo (débilmente).—Yo no espero, piloto, tampoco sé por qué.

El Piloto (al Pescador Mayor).—Porque tú, en realidad, no lo viste morir. Sólo lo viste desaparecer... (El Pescador no le contesta).

El Viejo.—Si el golpe fué tan brutal como él dice, ha debido matarlo al instante... Y aunque sólo lo aturdiera, el agua habrá hecho lo demás... Así, en el mejor de los casos, Juanito ha muerto ahogado.

El Piloto (al Viejo, obstinadamente).—No, no. También yo te di a ti por muerto, y ahora te tengo delante... Ha sido todo

tan extraño y confuso... Como un sueño... Cuando el mástil de la goleta se partió y se vino abajo y vi que te caía encima, cerré los ojos y no quise saber nada más. «Se acabó el viejo», pensé... Y ya ves: no te habías acabado, y ahí estás como si no hubiera pasado nada.

El Viejo.—Sí: ha sido como un sueño..., como un horrible sueño... Pues yo también di a otros por muertos. A ese, por ejemplo. (Indica al Joven). Cuando el barco se precipitó contra la escollera, él salió por el aire como un proyectil, y fué a azotar el cráneo en las rocas. No tuve fuerzas para mirar, y me cubrí la cara... Y después, de repente, cuando veníamos por la playa, veo que el chico viene andando a mi lado, sano y salvo, sin un rasguño...

El Pescador Menor. (al Piloto).—Y yo lo vi a usted, señor, en tal situación, que todavía no comprendo cómo es que está con nosotros... El motor estalló en su cara, luego el petróleo ardiendo se corrió por la cubierta, y en un minuto todo el barco estaba incendiándose... Yo lo veía desde mi chalupa. Usted corría y saltaba por entre las llamas, medio aturdido, buscando una salida... Pero no había salida. No había ninguna salida... Forzosamente debía morir quemado...

El Joven (lo interrumpe con un verdadero grito).—¡Por lo que más quieran, no hablen más de esto!... (Se para y da unos pasos tambaleantes, oprimiéndose las sienes con las manos). ¡Ya tenemos bastante, creo yo! ¡Pero a ustedes no les basta todavía, parece! (Silencio embarazoso).

El Viejo (lo toma por un brazo).—Cálmate, chico. No hagas caso. Ya pasó todo. (Se lo lleva hacia el fondo, como para decirle algo en tono persuasivo).

El Piloto.—Ese no ha quedado bien. Tiene los nervios crispados.

El Pescador Mayor.—Demasiado tierno todavía. Mucho tiempo quedará enfermo.

El Viejo (de pronto, al mirar a la pared, se encuentra con la

pizarra. En un principio no le da importancia, y pasa de largo. Pero en seguida se vuelve, intrigado, y lee lo que en ella está escrito. Sorprendido). ¿Eh? ¿qué es esto?... (Exclama). ¡Piloto!... ¡Mira lo que hay aquí!... (Todos se agrupan frente a la pizarra). ¡Y no lo habíamos visto!...

El Pescador Menor (lee).—«Se necesita un piloto, dos marineros, tres pescadores, una pescadora». (Silencio. Míranse unos a otros, desconcertados).

El Pescador Mayor.—¿Quién pide nuevas víctimas?

El Pescador Menor (misterioso).—El mar.

El Pescador Mayor.—¡Ah!... Nunca está satisfecho. (Pausa).

El Viejo (caviloso).—Un piloto, dos marineros, tres pescadores y una pescadora... (Breve pausa). Esos podríamos ser nosotros, con Juan y María...

El Pescador Mayor.—Si Juan existiera.

El Pescador Menor.—Si volviera. Si fuera todavía pescador...

El Viejo (id.).—¿Eh?... Sería a nosotros, entonces, a quienes necesitan... (Pequeña pausa). Exactamente a nosotros... (En tono más alto). ¿No parece esto una broma?

El Pescador Mayor (colérico).—Una burla parece. (Pausa breve).

El Piloto (con repentino furor).—Pero, ¿cuándo han escrito eso?... ¿Y quién es el maldito que lo escribió?... ¡El mar se lo trague a él! (De un empujón se mete delante, saca el pañuelo y furiosamente borra la escritura). ¡El mar se lo trague! (Vuelve al centro de la sala con los puños apretados. Fuerte). ¡Un piloto!... ¡Necesitan un piloto! (Sarcástico). ¡Nada menos que un piloto!... (Rechinando los dientes). ¡Maldita sea!... (En este instante se presenta de nuevo el Capitán, con su aire enigmático. Su aparición deja a todos perplejos).

El Capitán.—¡Ah, ya están aquí casi todos! (Observa uno a uno a los naufragos. En seguida mira hacia la pizarra). Pero han borrado mi anuncio... (Pausa).

El Viejo (turbadísimo).—¿Tal vez, señor, fué usted quien lo escribió?...

El Capitán.—Con mi mano lo escribí.

El Piloto (sordamente).—Pues yo, con la mía lo borré. Y al borrarlo, dije esto: ¡El mar se trague al que lo escribió!

El Capitán (inmutable).—¡Ah!... Pero eso no ocurrirá, piloto. No sabes tú quien soy. El mar no puede tragarme a mí.

El Piloto (con calor).—Pero a mí, sí. Y a estos. (Señala a sus compañeros).

El Capitán.—No. El mar ya no te tragará. Tampoco a ellos. Ya no.

El Piloto.—Ya no. En efecto. Pues no hemos de volver a embarcarnos. Nunca más. Y yo, al menos, lo he jurado así.

El Viejo (al Capitán).—Sí, señor. Juró solemnemente que no volvería a embarcarse.

El Capitán.—Te embarcarás esta tarde, piloto. Tus compañeros también. (Silencio. Cambian miradas atónitas).

El Piloto.—¿Qué nos vamos a embarcar esta tarde?... ¿Qué nos vamos a embarcar?...

El Capitán.—Sí. (Pausa).

El Piloto.—¡Nosotros! ¡Nosotros, los que venimos de una catástrofe!

El Capitán.—Sí, los que vienen de una catástrofe.

El Piloto.—¿Cuando aún temblamos de pavor y confusión!... ¡Cuando todavía las ropas nos destilan!

El Capitán.—Sí, piloto. Cuando todavía las ropas les destilan, han de volver a navegar. Puedes creerlo. Hay un barco esperando allá abajo. (Breve pausa).

El Viejo.—¿Qué barco puede ser ese, señor?

El Capitán.—El mío. Un viejo barco, nuevo para ti.

El Viejo.—¿Y precisamente nos espera a nosotros?...

El Capitán.—Precisamente. (Breve pausa).

El Piloto (rudo).—Pero, ¿qué es lo que quiere decir?

El Capitán.—Lo que queda dicho: que mi barco está aguar-

dando, que yo vengo aquí a enrolar tripulación, esta tripulación, y que en seguida zarpamos. (Ligera pausa).

El Viejo.—Señor, lo que el piloto pregunta es si no habéis encontrado tripulantes más adecuados para enrolar.

El Pescador Mayor.—Y si no pudo elegirse un momento mejor para hacerlo...

El Piloto.—Eso es. (Pausa breve).

El Capitán.—Los tripulantes que he escogido son los que necesito, y el momento en que vengo a buscarlos es el momento mejor. (Pausa).

El Viejo.—Verdaderamente, señor, es algo extraño. Hasta ahora habíamos visto que los capitanes seleccionaban sus marinerías entre los hombres más aptos, descansados y fuertes...

El Capitán.—Hay capitanes de capitanes, y marinerías de marinerías, y hay también buques de buques.

El Pescador Mayor.—Pero no sabíamos que hubiera un capitán que enrolara náufragos y nada más que náufragos.

El Viejo.—No lo sabíamos, señor, verdaderamente.

El Capitán.—Hubo un tiempo en que yo tampoco lo sabía.

El Pescador Mayor.—¿Y cuándo vino a saberlo?...

El Capitán.—Vine a saberlo el día en que dejé de ignorarlo.

El Pescador Mayor.—¿Qué día fué ése?

El Capitán.—Un día de naufragio, como éste. (Pausa).

El Viejo.—¡Pues, me está haciendo gracia!... Se parece vuestro buque, señor, al buque de la leyenda, al Buque Fantasma, que iba por todos los puertos de la tierra recogiendo los espíritus de los marineros muertos para llevárselos a navegar por la eternidad!...

El Piloto (ya más tranquilo, pero todavía incisivo).—¡Sólo que el Buque Fantasma, según creo yo, se esperaba un poco, para que los espíritus tuvieran tiempo de ponerse ropa seca, si quiera! (Hay risas aisladas).

El Viejo (con una chispa de humor).—¡Qué chusco es este

piloto! ¡Arregla las leyendas al gusto suyo y les pone ropa a los fantasmas!

El Pescador Menor (muy serio).—La leyenda no explica si los fantasmas van en cuero o vestidos. Y cada uno puede tomar las leyendas como quiera. ¿No son cuentos de fantasía, inventados?

El Capitán.—Hay leyendas de leyendas. Algunas pueden haber que no sean inventadas. (Pausa).

El Viejo.—Bueno, y el buque ese, ¿cómo es?

El Capitán.—Invisible para los vivos; visible sólo para los muertos.

El Viejo.—No: yo hablo del vuestro, señor.

El Capitán.—Yo también hablo del tuyo, marinero. Y ahora vas a conocerlo. (Va lentamente hasta la ventana y la abre de par en par. La visión que entonces se ofrece, es de una belleza a la vez angustiosa y fascinante. En primer término, y a poca distancia, divísanse las últimas casas del pueblo, pobres casas de techos plomizos, agrupadas sin orden alguno entre callejas tortuosas. Luego el mar, un mar crepuscular y triste, exhausto después de la tormenta. Y sobre ese mar y bajo un cielo de grandiosos nubarrones grises, la silueta de un velero anclado cerca de la playa y frente al caserío. Es una enorme nave de cuatro mástiles, imponente, enigmática, cuyo bauprés apunta hacia el horizonte como señalando su derrota. Toda la fuerza atractiva del paisaje concéntrase en ella, como si ella sola fuese el cuadro y lo demás su discreto marco... Habiendo abierto la ventana, el Capitán se sitúa a un lado, cruzado de brazos, erguido y viril, y dice sobriamente). Ahí está. (El Viejo y sus compañeros van en apretado grupo hasta el mirador. Sus miradas se fijan en el buque desconocido, y es tan silenciosa su contemplación, y tan inmóvil, que se diría están bajo el efecto de un hechizo... El Capitán viene ahora al centro de la sala, y aguarda. Al cabo de un rato, los otros vuelven—excepto el Piloto, que permanece en la ventana—y le rodean. A partir de este instante, él es el amo de la escena: se le

mira y se le habla como a una auténtica autoridad. Una insólita transformación se ha operado en los náufragos).

El Viejo (se quita la gorra).—Señor, ¿de dónde viene este velero?

El Capitán.—De lejos viene.

El Pescador Mayor (se descubre también).—¿Y a dónde va, señor

El Pescador Mayor (se descubre también).—¿Y a dónde va, señor?

El Capitán.—Más lejos todavía.

El Joven.—¿Qué carrera es la suya?

El Capitán.—La más larga de todas.

El Pescador Menor (se quita la gorra).—Y su ruta, ¿cuál es?

El Capitán.—Una que tú no conoces. (Pausa).

El Pescador Mayor.—No tiene pabellón, ni insignia... ¿Cómo lo distinguen, señor?

El Capitán.—Por no tener insignia ni pabellón podría distinguírsele. Pero no lo distinguen, ni lo confunden. Tal es el caso. (Larga pausa. Las miradas de los cuatro están fijas en el Capitán).

El Viejo (de pronto, con rara emoción).—Verdaderamente, señor, verdaderamente, hay algo en ese barco.

El Pescador Mayor (en igual tono que el Viejo).—No es como los barcos. (Ligera pausa).

El Pescador Menor (repentino).—Lo llama, parece que lo llama a uno a subir en él...

El Joven (continuando la frase).—... y a irse en él, no importa adónde.

El Viejo (con creciente entusiasmo).—Exactamente es eso. (Al Joven). Lo llama a uno a embarcarse y partir... (Al Capitán). Señor, ahora..., de pronto..., me ocurre una cosa... Es la primera vez, desde hace mucho tiempo: ¡pienso en el mar con alegría!

El Capitán.—Es porque el mar ya no es más tu enemigo.

El Viejo.—No es más enemigo... (Desde el alma). ¡Ahí está! ¡Es eso!... (Ligera pausa). Era lo que sentía aquí dentro y no

podía expresar... (Breve pausa). El mar no es más enemigo... (Al Joven). ¿Tú lo sientes? ¿Verdad que es eso?

El Joven (misterioso).—Sí.

El Viejo (al Pescador Menor).—Y tú, ¿lo sientes?

El Pescador Menor (en igual tono que el Joven).—Sí lo siento... Ahora, de repente, lo siento... Pero no sé por qué es. No lo comprendo.

El Pescador Mayor (gravemente).—Tampoco yo lo comprendo. (Pequeña pausa). Es algo nuevo. Una cosa nueva.

El Viejo.—Y grande. (Buscando las palabras). Parece como que el mar vuelve a ser manso, muy manso, inofensivo... Vuelve a ser como era antes, en la niñez, cuando aun no navegábamos y sólo navegaba nuestro espíritu...

El Capitán.—Eres tú el que vuelve a lo de antes, a navegar en espíritu. Así vas a navegar ahora. Así se navega en mi velero.

El Viejo (como embelesado, pero con energía).—Así navegaremos. ¡Así quiero navegar... para siempre!

El Capitán (solemne).—Para siempre.

El Pescador Mayor.—Así también quiero navegar yo.

El Pescador Menor.—Y yo también, señor, en vuestro buque.

El Joven.—Y también yo, señor. ¡Es el único buque en que me iría!

El Capitán.—Es el único en que puedes irte; y en él te irás. (Al Pescador Menor). Tú también. (Al Viejo). Y tú. (Al Pescador Mayor). Y también tú. (Un momento los náufragos quedan silenciosos, incapaces de hablar, como paralizados por un regocijo sobrenatural).

El Piloto (que durante este lapso ha permanecido en la ventana como sumido en una ensoñación, se vuelve y viene lentamente hacia el Capitán. A media voz, cohibido).—Señor... había en vuestro buque... una plaza de piloto...

El Capitán.—Sí. (Pausa breve. Todos miran al Piloto, expectante).

El Piloto (con visible turbación).—Yo venía... , señor... a pedirla para mí... (Baja la cabeza, entregado).

El Viejo (atónito).—¡Piloto!... (Ligera pausa). ¿Eres tú el que habla?

El Piloto (sin oír al Viejo).—Si aun es tiempo, no me la neguéis, señor.

El Capitán.—No puedo negarte lo que es tuyo. Era para ti la plaza, y tú la has tomado.

El Piloto (vibrante).—¡Gracias, señor!... Gracias. Es todo lo que puedo decir.

El Viejo.—¡Piloto!... (Le estrecha las manos). ¡Esto sí que no lo esperábamos! (Pequeña pausa).

El Piloto (con la mirada en el suelo).—Yo tampoco lo esperaba esta vez. (Pausa breve).

El Viejo.—¿Cómo ha podido ser?

El Piloto (le mira de frente. Con asombrosa sencillez).—Cambié de idea.

El Viejo.—Y no sabes cómo. ¿Verdad que no lo sabes?

El Piloto.—De repente... , en la ventana... , cambié de idea.

El Viejo.—No sabes decir cómo pasó esto...

El Piloto.—No lo sé decir.

El Viejo.—Y el juramento aquél... , el gran juramento...

El Piloto (firme).—Ahora quiero embarcarme. Esa es la cosa.

El Viejo.—¡Ah!... ¡Se embarca el que odiaba el mar!...

El Piloto.—Ya no lo odio.

El Viejo.—... ¡El que le temía al mar!

El Piloto.—Ya no le temo. (Breve pausa. Al Capitán). Hace un momento, señor, he borrado vuestro anuncio, y al borrarlo... Perdón, señor.

El Capitán.—No hay falta en ello, piloto. Ya pasó el tiempo en que faltabas. Ahora tu mano y tu boca no ofenden más... Has borrado el anuncio, y has hecho bien. Porque era preciso que nadie más lo leyera y que nadie supiera en qué barco te ibas... Así partes sin dejar rastro, y esta es la partida más hermosa.

El Viejo (con alegría).—La más hermosa, en verdad.

El Pescador Mayor.—La más hermosa . . . , si partiéramos todos.

El Pescador Menor.—Si estuviera Juan . . . , si volviera. (Breve pausa).

El Viejo.—Juan con María. (Ligera pausa).

El Joven (con angustiado acento).—Juan, ¿dónde está? (En este instante aparece Juan. Es un mozo de veinticinco años de edad. Está desnudo hasta la cintura. Se encuentra agobiado, lamentable. Entra tambaleándose, dramáticamente, como un borracho, la mirada extraviada).

Juan (con extraña lentitud).—María, ¿dónde está? (Todos, excepto el Capitán, échanse atrás con espanto, y le miran con ojos desorbitados. Hay una pausa patética).

El Pescador Mayor (en un murmullo).—Juan . . .

El Pescador Menor (en tono normal).—Juan . . .

El Viejo (fuerte).—¡Juanito! . . .

Juan (con voz estentórea, no obstante su debilidad).—
¡Dónde está María! ¡Mi María!

El Pescador Menor (da un paso).—¡Buscándote!

Juan.—¡Díganme dónde!

El Joven.—¡Afuera! ¡En la playa, en las calles!

Juan.—¿La vieron ustedes? ¿Es verdad que la vieron? . . .
¡Díganme que sí, aunque no sea cierto!

El Pescador Menor.—¡La vimos! ¡Estuvo con nosotros! ¡Ahora te busca, te anda buscando! (Juan hace ademán de salir).

El Pescador Mayor.—¡Lleva un abrigo, Juan! ¡Está helando afuera!

Juan (salvajemente).—¡No me importa! (Escapa como una centella. Prodúcese un clima de intensísima exaltación).

El Viejo (bíblico, mirando a lo alto con los brazos abiertos).—
¡Alabado sea el Dios que ha permitido esto! . . . ¡Alabado sea el Dios de los naufragos, ese Dios que existe!

Todos.—¡Alabado sea!

El Viejo.—¡Y el Dios de los amantes que se buscan y se encuentran! ¡Alabado sea!

Todos.—¡Alabado sea!... (Momento de tensa emoción. Reprimiendo sollozos, enjugándose los ojos, cambian abrazos. Unos vagan de un lado a otro, sin poder articular palabra. Otros déjanse caer en las sillas, derribados por el regocijo. Sólo el Capitán ha permanecido mudo y tranquilo, como un frío espectador).

El Viejo.—¡Gran Dios! ¡Inmenso Dios!

El Pescador Mayor (al Capitán).—Lo creíamos perdido, señor. No teníamos ninguna esperanza... Yo lo vi hundirse entre las olas. Con estos ojos lo vi. (Pausa).

El Pescador Menor.—Pensábamos que nunca más volveríamos a verlo...

El Joven (continuando la frase).—...o que para verlo tendríamos que bajar al fondo del mar. (Largo silencio).

El Piloto (con una suerte de orgullo).—Yo nunca desesperé. Ahora has de acordarte, viejo. Yo decía que Juan volvería... Sólo que no sé de dónde me vino este anuncio del corazón.

El Pescador Mayor.—Corazón, aquí, ha sido el de María. Contra todo y contra todos, estaba segura de que iba a encontrarlo. Lloraba, sí; la mojó más el llanto que la lluvia. Pero ni un segundo dudó que hallaría a su Juan. Tenía que hallarlo. (Pausa). Cuando íbamos por la playa buscándolo, lo llamaba sin cesar, incansable; y nunca he oído a nadie dar tales voces. ¡Si gritaba como una fiera! ¡Si apagaba el estruendo de la resaca!... (Breve pausa).

El Piloto (con ruda simpleza).—Así busca una mujer a su hombre querido. Y así la busca él a ella.

El Viejo.—Así se buscan cuando la noche pasada han dormido abrazados por la primera vez. ¡Y tienen que encontrarse entonces! ¡Inmenso Dios!... (Larga pausa).

El Pescador Menor (al Capitán).—Se casaron ayer, señor, a las 9. Todos los pescadores fuimos a la parroquia. Había más de veinte personas viendo el casamiento.

El Pescador Mayor.—Más de veinte conté yo. (Con entusiasmo). Fué una hermosa ceremonia. Todos estaban vestidos de día de fiesta. El señor párroco tenía puesto un traje especial, bordado. Y los novios al medio. El, muy serio, sin mirar a nadie. Ella, también muy seria, mirándolo todo el tiempo a él. (Pausa).

El Pescador Menor.—Verdaderos novios, señor. Pobres, sí, ¡pero qué alegres y qué contentos!

El Pescador Mayor.—Casamiento de amor. No tenían más que su bote, sus redes y su farol para pescar de noche... Y lo han perdido todo.

El Capitán.—Ya no lo necesitan.

El Piloto (con torpe inspiración).—¡Lo han perdido todo, pero ellos mismos se han vuelto a encontrar!

El Capitán.—Para no separarse más. (Larga pausa. Una campanilla suena distante, por el lado del mar).

El Joven.—¿Qué campanilla es ésa?

El Viejo.—De nuestro buque ha de ser, me figuro. (Al Capitán). ¿Verdad, señor?

El Capitán.—De nuestro buque.

El Viejo.—¿El Buque Fantasma?...

El Capitán.—El Buque Fantasma. (El Piloto y el Joven se dirigen a la ventana y otean hacia el mar).

El Joven.—Están encendiendo las luces... Ahí se ven los faroles de la toldilla. (Divísanse, efectivamente, las luces citadas).

El Viejo.—¿Zarpamos, pues, hoy noche, capitán?

El Capitán.—Sí. El Buque Fantasma zarpa de noche. (Pausa).

El Joven.—Ahora encienden los faroles del castillo... (El Pescador Menor se acerca al balcón a mirar. Pausa).

El Pescador Menor.—Ahí prendieron otros dos: a babor y estribor...

El Joven.—Son las luces de posición: verde y rojo. (El Pescador Mayor va también a la ventana. Pausa).

El Pescador Menor.—¡Y ahí otro más, por adelante!...

El Joven.—Es el farol de trinquete, que sólo se enciende para navegar. (El Viejo se acerca a su vez al mirador. Es fantástico el aspecto que ahora presenta la nave. Sobre el adusto fondo de su silueta, pestañean los puntos de luz, como una constelación de miniatura, mientras que el agua recoge su reflejo y lo prolonga hasta la orilla. Los náufragos están de nuevo como hechizados contemplándola. El Capitán, sin moverse de su sitio, los contempla a su vez a ellos. Silencio. Nuevamente se oye la campanita).

El Pescador Mayor.—Otra vez la campana...

El Pescador Menor.—Es raro el sonido: no tiene eco...

El Pescador Mayor.—Más bien parece un eco sin sonido.

El Viejo (admirativamente).—Una llamada parece. O un grito.

El Piloto.—¡El buque nos llama! (Inquieto). ¿Por qué no estamos ya embarcados? (Al Capitán). Señor, ¿no es hora de irnos?

El Capitán.—Queríais que la partida fuera hermosa... Pues, hay que esperar a los que harán hermosa la partida.

El Viejo.—¿A tal punto estás impaciente, piloto, que te olvidas de los novios?...

El Piloto.—... ¡Perdón! (Ligera pausa). ¡De todo me olvido cuando miro hacia el buque! (Se oye por tercera vez la campanita. Breve pausa. En este momento reaparece Juan, lenta y silenciosamente. Trae a María en los brazos, inerte. Su entrada produce conmoción. Todos se han vuelto hacia él, en medio de un mortal silencio. En el centro de la sala, Juan permanece un rato en igual inmovilidad, contemplando a María, que, reclinada en su pecho, parece dormir).

El Pescador Menor (a media voz, en un tono indefinible).—Juan, ¿qué es esto?...

El Pescador Mayor.—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado ahora?

Juan.—Nada.

El Pescador Menor.—¿Cómo que nada?

El Pescador Mayor.—Habla, Juan.

Juan.—Nada ha pasado. (Por María). Está dormida. Agotada. (La contempla).

Todos (excepto el Capitán).—¡Ah!...

El Viejo (con un suspiro de alivio).—Dormida... Se deja caer en una silla. Ligera pausa).

Juan.—Agotada completamente. (Sonríe dichoso en medio del cansancio). Cuando la encontré, allá abajo, ya no tenía voz ni lágrimas... No me dijo nada, ni una palabra... Se me echó al cuello y me abrazó...; después suspiró..., y se durmió. (Queda mirándola como embobado. Pausa).

El Pescador Mayor (con sentida emoción, se le acerca y lo toma por los hombros. Hablando apenas).—Juan..., ¿qué podríamos decirte... en este momento?... Tal vez... no hay nada que decir...

Juan.—Tal vez..., no hay nada que decir.

El Pescador Mayor.—Pero tú me entiendes, ¿no?

Juan.—Sí te entiendo. Y por eso..., te doy las gracias.

El Pescador Mayor.—Nosotros también... te damos las gracias..., por haber aparecido..., por haber vuelto. Te damos las gracias. (Ambos están emocionadísimos. El Viejo, que se ha puesto de pie, viene hacia Juan, también muy emocionado, y tras de mirarlo un instante en silencio, le enjuga con su pañuelo los ojos llorosos. Luego seca el mojado rostro de María y peina sus cabellos).

El Piloto (con su vozarrón, el dedo en los labios).—No hagan ruido... No despertemos a la novia. Estará soñando...

El Viejo (con alegría y ternura a la vez).—¿Y si estuviera despierta?... Que hay novias que se hacen las dormidas para que el novio no se duerma.

El Piloto (con su habitual rudeza).—De todos modos, dormida o despierta, estará soñando.

El Pescador Menor. (se acerca de puntillas).—No hagan ruido. Dejemos que duerma la novia...

El Viejo.—Dejemos que sueñe...

El Capitán (va hasta la ventana y cierra los postigos).—
Y ahora nos vamos, tripulantes. Es la hora de partir.

El Piloto.—Nos vamos. Nos vamos.

Juan.—¿A dónde se van?...

El Joven.—Zarpamos, todos. También tú y ella.

Juan.—¿Qué viaje es éste?

El Pescador Menor.—Uno muy largo. El más largo de todos.

El Piloto.—El más hermoso.

Juan.—¿Qué buque nos lleva?

El Piloto.—El buque de los naufragos.

El Viejo.—El buque de la leyenda.

Juan (después de contemplar un momento a María. Resuelto).—¡Vamos! (Se organizan de a uno en fondo, en el orden siguiente: el Capitán, el Piloto, el Viejo, el Pescador Mayor, el Joven, el Pescador Menor, Juan y María; y desfilando en forma que describen una curva armoniosa, salen lentamente y sin ruido, de puntillas... La luz se extingue entonces del todo, quedando la sala en tinieblas. Junto con ello, comienzan a oírse a la distancia las campanas de la parroquia, que tocan a muerto... Transcurre un tiempo relativamente largo, al cabo del cual óyense fuertes pisadas y una persistente carraspera hacia la calle).

La Voz del Propietario.—Va a tener que ayudarme, guardián. Esta cortina, a veces, suele trancarse... No, no tire todavía. Primero hay que quitar el candado. (Pausa. Ruido de candado). Ya está. Agarre usted de ahí... Ahora. ¡Hup!... Nada. Otra vez, con fuerza. ¡Hup!... Diablo. A ver ahora, con toda la fuerza. ¡Hup! (Ensoncedora matraca de la cortina metálica). Muchas gracias. (Seguido de *El Guardián*, entra *El Propietario* y da la luz eléctrica. Es un hombrecito insignificante. No tiene sobre todo, pero sí paraguas y zapatones de goma. Trae en la mano un sólido candado con sus llaves).

El Guardián.—Parece que estaba mohosa la cortina, je, je.

El Propietario.—¡Podía no estarlo!... Ha estado cuatro me-

ses cerrada. (Deja el candado encima del mesón). Desde el mes de mayo, en que clausuraron el negocio, nadie ha entrado aquí. (Abre el paraguas y lo deja en el suelo. Mira con curiosidad y ternura las paredes, las mesas, las sillas. De pronto, con entusiasmo). ¡Pero ahora entrarán! ¡Ya pueden entrar! (Alegre). ¡Y a falta de otros parroquianos, lo vamos a inaugurar nosotros mismos! (Abre la ventana de par en par. La bahía aparece desierta: el velero ha desaparecido, se ha hecho invisible... El Propietario se dirige al bar y destapa una botella de cerveza. Con ligera contrariedad). Sólo que... empezamos con un mal augurio: día de naufragio...

El Guardián.—Día fatal: siete ahogados... Oiga las campanas, señor. Tocan a muerto en la parroquia. Por ellos tocan... Hay consternación en el pueblo.

El Propietario (con un suspiro).—Todos los infelices eran clientes míos. (Destapa otra botella. Comercialmente). Clientes perdidos. (Le pasa una de las botellas al Guardián).

El Guardián.—Mala suerte, señor.

El Propietario.—Mala suerte para mi negocito... (Reaccionando). Qué le vamos a hacer... En fin, inaugurémoslo. (Con la botella en alto). ¡Y que el primer trago sea en memoria de los muertos!

El Guardián.—En memoria de los muertos. (Beben). Las campanas de la parroquia siguen tocando con monotonía, mientras cae el

TELÓN.